

Crezcamos en la Palabra, el amor y el servicio (4/4)

Dr. Justo L. González



Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo) en Puerto Rico
2020

Crezcamos en la Palabra, el amor y el servicio (4 de 4)

En esta última sesión que tendré el placer de estar ante ustedes, me toca de alguna manera relacionar lo que discutimos en las dos sesiones anteriores, particularmente el crecimiento en la Palabra y el crecimiento en el amor, con el crecimiento en el servicio.

Empecemos entonces por decir algo acerca del servicio. Cuando nos acercamos a este tema, no conozco mejor punto de partida que las palabras del mismo Jesús, quien dijo que “no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos” (Mt 20.28). Ciertamente, el servicio a otras personas es un elemento fundamental de nuestra humanidad común. No hay que ser creyente en Cristo para sentir la obligación y el deseo de servir al prójimo necesitado. Lo que es más, esa inclinación natural del ser humano a servir es tal que si una persona ve a otra sufriendo y pudiendo ayudarla no lo hace decimos que es “inhumano”. Y de igual modo decimos que es nuestro deber hacer algo por “humanidad”. En resumen, hablar de la obligación de los creyentes a servir al prójimo no tiene nada de nuevo ni de particularmente cristiano. Es una sencilla cuestión de nuestra humanidad común.

Todo eso es bueno. Pero el servicio cristiano le añade otra dimensión al asunto. Estamos llamados/llamadas a servir, no solamente por cuestión de humanidad, sino también por razón del ejemplo y el mandato que hemos recibido de nuestro Señor Jesucristo – de ese mismo Señor Jesucristo que es nuestra primera presentación vimos que es la mismísima Palabra o

Verbo de Dios hecho carne. Y digo “ejemplo y mandato” porque al mandarnos a servir Jesús no lo ha hecho desde una nube, o escribiendo palabras en el cielo, ni por Internet ni Facebook, sino que lo ha hecho mediante el ejemplo, dándose él mismo al servicio hasta la muerte, y muerte de cruz. En sus propias palabras, no vino para ser servido, sino para servir. Él, en cuyas manos estaba la creación toda, se colocó en manos de estos seres humanos que nos mostramos tan dispuestos a abandonarle, rechazarle y hasta crucificarle. Como bien dijo San Agustín, “El creador de María nació de María; el señor de David es hijo de David; quien existía antes que Abraham es del linaje de Abrahán. El creador de la tierra fue hecho en la tierra; el creador del Cielo fue creado bajo el cielo”.¹ En otras palabras, quien nos manda servir al prójimo empieza dándonos ejemplo viniendo a servirnos a nosotros y nosotras. En consecuencia, el servicio cristiano no surge únicamente de nuestra humanidad común, sino que surge también de nuestro amor e imitación del Señor que por nosotros se hizo siervo.

Pablo lo ha dicho bella y elocuentemente en su bien conocido himno en la Epístola a los Filipenses: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo Y se hizo semejante a los hombres” (Flp : 5-7).

“Se hizo siervo”, dice el texto. La palabra que aquí se traduce como “siervo” también quiere decir “esclavo”. Por tanto, cuando como creyentes en Jesucristo nos referimos al servicio

¹ Homilía 187. Citado en mi recién publicado libro *La Navidad: origen, significado y textos* (El Paso: Editorial Mundo Hispano, 2019).

cristiano, no se trata sencillamente de hacerles favores a otras personas. Sin lugar a dudas, eso es necesario; pero no basta. Se trata también de estar sujeto o sujeta a las necesidades de otras personas. Martín Lutero lo dijo claramente en su famoso tratado sobre *La libertad cristiana*, donde afirma que “el cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos”. Estar supeditado a todos no es solamente preocuparse por esas otras personas, sino también en cierto sentido ser su siervo, ser su esclavo o esclava. Son palabras fuertes y difíciles. Pero eso es lo que hizo Jesucristo por nosotros y nosotras, y es también lo que nos corresponde hacer cuando Pablo dice “Haya pues en vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús”.

Una de las más conocidas parábolas de Jesús se relaciona estrechamente con esto, aunque frecuentemente no lo vemos. Me refiero a la parábola del buen samaritano. Tanto la hemos oído que nos la sabemos casi de memoria, desde que Jesús empieza refiriéndose a “un hombre que descendía de Jerusalén a Jericó”, hasta que termina diciendo “Ve y haz tú lo mismo”. La interpretación más común, y ciertamente correcta, es que quien ve a alguien herido a la vera del camino, o en alguna situación parecida, debe detenerse a socorrerle. Así, hasta hay leyes llamadas “del buen samaritano”, que protegen a quien se detiene para ayudar a un desconocido de las demandas que ese desconocido pueda presentarle si el resultado de la ayuda ofrecida le parece negativo.

Pero esa parábola siempre me ha intrigado. Si solamente esto quisiera decir, entonces lo que Jesús debió haberle preguntado al final de la parábola al intérprete de la Ley que le interpretaba

sería “¿Quién de estos tres vio al que estaba en manos de ladrones como su prójimo?” Pero eso no es lo que Jesús pregunta, sino que dice más bien: “¿Quién, pues de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” Esto parece dar por sentado que los otros dos no eran verdaderamente sus prójimos, y que lo que hizo el buen samaritano no fue solamente ayudarlo, sino hacerle su prójimo. Para entender esto tenemos que recordar que la palabra “prójimo” es la misma que “próximo”. Recordemos que en el antiguo castellano la letra X frecuentemente hacía el papel de la J de hoy. Por eso escribimos “México” con X en lugar de la J que pronunciamos. De igual manera, un “prójimo” es lo mismo que un “próximo”. Y, para que no parezca que me las estoy inventando, la palabra griega *plesíon*, que es la que se emplea en Lucas, también quiere decir ambas cosas. Luego, lo que Jesús le pregunta al doctor de la Ley al final de su parábola no es quién se dio cuenta de que el que estaba a la orilla del camino era su prójimo, sino más bien quién se hizo su prójimo, quién se le aproximó o, para inventar la palabra, quien se le “aproximó” al que estaba a la orilla del camino. Y entonces la parábola no quiere decir sencillamente que si vemos a alguien necesitado debemos recordar que es nuestro prójimo, sino también que debemos hacernos su prójimo, su próximo, aunque no lo seamos.

Siempre hemos visto que esta parábola resulta sorprendente. La interpretación tradicional nos hace ver con razón que los líderes religiosos del mismo pueblo de Israel al que presuntamente pertenece el hombre a la orilla del camino se desentienden de él, mientras el samaritano, a quien posiblemente en otras circunstancias el judío herido despreciaría, es quien viene a ayudarlo. Pero cuando nos damos cuenta de lo que Jesús le está diciendo al doctor de la Ley en

el sentido de que tiene que ir y aproximarse, hacerse prójimo, del que está herido a la vera del camino, lo que ya era sorprendente se vuelve chocante. Jesús no le está diciendo a ese buen señor sencillamente que debe y servir a los necesitados en torno suyo. Tampoco le está diciendo únicamente que debe hacer eso aunque el necesitado no pertenezca a su pueblo y su religión. Le está diciendo todo eso. Pero más todavía, le está diciendo que tiene que ir y hacerse prójimo, hacerse próximo, de este que de otra manera sería ajeno y lejano.

Con eso en mente, volvamos al himno de Pablo en Filipenses 2. Lo que el himno está diciendo es que este Señor nuestro, Dios mismo, estuvo dispuesto a hacerse en nuestro prójimo, nuestro próximo. Jesús no tomó su divinidad “como cosa a que aferrarse”. Al contrario, “se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres”. En otras palabras, Jesús se nos aproximó, se hizo nuestro prójimo. Luego, lo que Pablo está diciendo aquí es muy semejante a lo que Jesús enseñó antes en su bien conocida parábola: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo en Cristo Jesús”. En la parábola, el samaritano, que por su propia tradición cultural y religiosa debió inclinarse a despreciar al judío herido, se hizo sin embargo su prójimo, se le aproximó. En contraste, quienes en realidad se suponía que fueran más próximos a él pasaron de largo. En lugar de aproximarse se distanciaron. La parábola no nos está diciendo únicamente que debemos ayudar al prójimo necesitado, sino también que debemos hacer de todo necesitado nuestro prójimo, nuestro próximo.

Empero, antes de seguir adelante conviene hacer una advertencia respecto al himno en Filipenses. Como ya he mencionado, el texto dice literalmente que Jesús se hizo “esclavo”. En el orden de la sociedad antigua, y en el orden de cualquier sociedad en que todavía persiste la esclavitud, la persona sometida a ella tiene que hacer todo cuanto el amo mande. Si tal fuera el caso, lo que Pablo nos estaría sugiriendo nos llevaría a hacer cualquier cosa que otra persona nos pida o nos mande. Esto no es lo que Pablo quiere decir, ni tampoco Lutero cuando dice que somos siervos supeditados a todos. En el pasaje de Pablo, este Jesucristo que se vació a sí mismo y tomó forma de siervo sigue siendo Señor. El himno de Pablo lo afirma categóricamente diciendo que a la postre ante el nombre de Jesús se doblará “toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra”, y que toda lengua confesará que “Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre”. Y el tratado de Lutero que acabo de citar, antes de hablar de esa condición del creyente como supeditado o supeditada a todas las demás personas, afirma también que “el cristiano es señor de todas las cosas, y no está sujeto a nadie”. En otras palabras, quien imita a este Jesucristo que por amor se despojó a sí mismo participa también de la libertad y señorío que ese mismo Jesucristo le ha dado. El propio Lutero fundamenta su afirmación en lo que Pablo dice acerca de sí mismo en Primera de Corintios: “siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos” (1 Co 9.19). Lo que tanto Lutero como Pablo quieren decir al referirse por una parte a la imitación de Cristo como siervo de todos y por otra a la libertad de los creyentes en Jesucristo a tal punto que no están sujetos ni sujetas a nadie es que el servir a todos, el ser siervos y siervas a manera de Jesucristo, no nos hace títeres de nadie – ni del vecino que quiere aprovecharse de nuestra bondad, ni del jefe que cree que puede mandarnos

lo que desee, ni del gobernante que se imagina ser señor de nuestras vidas. Por encima de todos esos vecinos, esos jefes y esos gobernantes está nuestro gran Vecino, nuestro gran Jefe, nuestro gran Gobernante, este Jesucristo el Señor ante quien se doblegará toda rodilla, a quien quedará supeditado todo ser humano, todo jefe y todo gobernante. Somos siervos o esclavos, sí; pero somos siervos y esclavos porque pertenecemos a un Señor que se encuentra por encima de todos los señorones del mundo. Es por esto que, repitiendo a Lutero, podemos decir que los cristianos y cristianas no estamos sujetos a nadie en última instancia, sino solo al Señor que aunque tomó forma de siervo – y en cierta medida precisamente porque tomó forma de siervo – sigue siendo el Señor.

Ciertamente, el Nuevo Testamento habla repetidamente de la necesidad de humildad cristiana. Pero también habla de la otra cara de la moneda – cara que frecuentemente olvidamos. En varios pasajes del Nuevo Testamento se habla también del pueblo cristiano como “reyes y sacerdotes” o como “real sacerdocio”. Somos esclavos o siervos de Dios, y por tanto somos también esclavos o siervos de las necesidades de aquellos a quienes Dios ama. Esa es una cara de la moneda. Pero el hecho mismo de que somos siervos de Dios nos hace “reyes y sacerdotes”, “real sacerdocio”. Y esa es la otra cara de la moneda.

En la iglesia antigua, esto se indicaba al momento mismo de salir de las aguas del bautismo, cuando se ungía al neófito. Esa unción se hacía a imitación de la práctica que aparece repetidamente en el Antiguo Testamento, de ungir a los reyes y sacerdotes. Por razón de su

bautismo, este creyente, quizá esclavo o esclava de algún no creyente, quizá pobre artesano, quizá importante ciudadano, venía a ser no solamente siervo de Dios y por tanto siervo de todos, sino también parte del cuerpo de Cristo, parte del cuerpo del Sumo Sacerdote, parte del cuerpo del Rey de Reyes, y por tanto venía a participar también del sacerdocio y de la realeza de Jesucristo.

Sería interesante seguir esa línea de pensamiento más prolongadamente. Pero en el poco tiempo de que disponemos permítaseme al menos mencionar lo que sucedía inmediatamente después de ese bautismo y esa unción sacerdotal y real. Empecemos por imaginar lo que sería para aquella esclava que tenía que dedicar sus días a cocinar para el amo y las noches a cuidar y acostar a los niños verse ahora declarada parte de un real sacerdocio. Imagínese lo que sería para un pobre hombre que se dedicaba a vender vegetales en la calle que se le dijera ahora que él también es parte de ese real sacerdocio. Ahora estas personas recién bautizadas participaban por primera vez de la comunión o cena del Señor. Pero al comienzo mismo de esa celebración por primera vez se unían al resto de la iglesia para elevar una gran oración de intercesión. Eran ahora parte de ese real sacerdocio a que se refiere la Epístola de Pedro; o, como dice el Apocalipsis, eran reyes y sacerdotes. Su tarea no era ya seguir viviendo la vida de siempre cocinando para el amo o vendiendo verduras. Naturalmente, eso tenía que continuar, porque el viejo mundo todavía persistía. Pero al mismo tiempo eran parte de este real sacerdocio que es la iglesia.

Como parte de ese real sacerdocio oraban por el amo que explotaba su trabajo y hasta oraban por el emperador que les perseguía. De momento, se encontraban muy por encima de ese amo y de ese emperador. Podían y debían acercarse directamente, como cuerpo sacerdotal que es la iglesia, al amo de toda creación, al emperador del cielo. Esto era algo que ni siquiera el emperador podían hacer, y ellos sí.

Es por esto que Lutero no dice solamente que la persona cristiana es servidora de todas las cosas y está supeditada a todos, sino también que es señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie. Si mi obligación es obedecer al amo de la creación, mi obediencia al amo cuyo esclavo soy queda supeditada a esa otra obediencia. Si mi obligación es obedecer al emperador del cielo, mi obediencia a este emperador terrenal que se cree ser tan importante queda supeditada a esa otra obediencia.

Cuando hablamos de servicio, es importante recordar esto. De igual manera que este Jesucristo a quien servimos se hizo obediente y se hizo uno de nosotros para nuestro bien, así también nosotros y nosotras, como seguidores de ese Jesucristo, tenemos que estar dispuestos y dispuestas a despojarnos de nuestra importancia propia, de nuestro prestigio personal, de nuestro poder de mandar, para hacernos como los más pequeños a que se refiere Jesús – los hambrientos, los sedientos, los prisioneros, los inmigrantes... — para hacernos sus “próximos”. Pero al mismo tiempo, de igual manera que este Jesucristo a quien servimos ha recibido un nombre que es sobre todo nombre y ante el cual se doblará toda rodilla, así también nosotros

y nosotras, quienes somos parte del cuerpo de este rey todopoderoso, tenemos una dignidad que hemos de defender – y de defenderla tanto más por cuanto no es solamente nuestra dignidad personal, sino que es sobre todo nuestra dignidad como parte de este real sacerdocio, de este cuerpo de Cristo que es la iglesia.

Es importante subrayar esto, porque hay creyentes que piensan que lo que el Señor requiere es que nos dobleguemos constantemente ante todas las demás personas, que nos volvamos como un trapo mojado que se ajusta a cualquier situación. Pero cuando tal hacemos permitimos que se viole no solamente nuestra dignidad, sino también la del Señor a quien servimos. Ser cristiano y servir al prójimo no es hacer todo lo que a ese prójimo le venga en ganas. No es dejarnos pisotear como una alfombra. Es amar y servir con el amor recio con que Cristo nos amó y que manifestó en sus enseñanzas y actitudes. Jesús sanó a los enfermos, les dio vista a los ciegos, alimento a las multitudes. Pero ese mismo Jesús también tuvo palabras fuertes que decirles algunas de las personas más influyentes de la sociedad en que vivió. Obedecer a ese Jesús mediante el servicio tiene por tanto sus límites. Esos límites no son lo que nos guste o no nos guste, ni tampoco lo que quisiéramos o no quisiéramos hacer. Son más bien los límites que marca nuestro Señor mismo en su Palabra. Por eso empezamos esta serie de discusiones hablando del crecimiento en la Palabra, para luego pasar al crecimiento en el amor. Como dijimos, el amor no consiste principalmente en tener buenos sentimientos hacia otras personas, sino que se traduce también en un amor que pone en práctica lo que la Palabra dice. Es un amor al prójimo que es ante todo amor a la Palabra – a esa Palabra o Verbo de Dios que de tal

manera nos amó que vino a ser uno de nosotros.

Uniendo todo esto con lo que dice Jesús en el capítulo 25 de Mateo lo que venimos diciendo bien puede resumirse diciendo que el servicio cristiano es ante todo servicio, no solo a la persona que lo recibe, sino también al Señor de quien todos y todas somos siervos. Servimos al vecino, no porque nos dé lástima, sino porque es lo que Jesús ha hecho por nosotras y nosotros.

Al servir al vecino estamos sirviendo a Jesucristo. Hay una antigua historia que leí hace muchos años, cuando por primera vez empecé a estudiar la antigüedad cristiana. Se cuenta que allá en el siglo cuarto, un soldado romano de unos 18 años de edad, natural de lo que ahora es Hungría y estacionado en lo que hoy es Francia, se había convertido poco antes de llegar a las puertas de la ciudad de Amiens cuando se encontró con un mendigo casi desnudo que tiritaba de frío. El joven no tenía qué darle al mendigo. Pero tomó su capa, la rasgó en dos, y le dio la mitad al mendigo. Algunos dicen que, puesto que ahora tenía solamente media capa, no encontró otro modo de calentarse en la noche que acurrucarse junto al mendigo. En todo caso, según cuentan, esa noche aquel joven, a quien hoy conocemos como Martín de Tours, tuvo un sueño en el que se apareció un mendigo envuelto en media capa de soldado y quien extendiendo hacia él las manos con marcas de clavos le decía “cuantas veces lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeñitos, a mí lo hicisteis”. (De paso, para quienes entre ustedes se ocupan de la capellanía o se llaman “capellanes”, posiblemente les interesará saber que ese título mismo viene de la historia de Martín. Algún tiempo después de morir Martín, empezó a venerarse en

una pequeña iglesia en Francia lo que se decía ser un pedazo de la capa de Martín, al que llamaban “la pequeña capa” o *capella*, “capilla”. Aquella iglesia vino a ser un lugar de peregrinaje, y quienes se dedicaban a cuidar de la capella recibieron el nombre de “capellanes”, al mismo tiempo que cualquier iglesia pequeña al estilo de aquella dedicada a Martín de Tours vino a llamarse “capilla”).

Volviendo entonces a la historia de Martín, lo que se cuenta puede ser verdad histórica o puede ser leyenda. Pero lo que esa historia afirma en última instancia es una verdad incontrovertible, porque así lo dice el mismo Jesús. Cuando le damos un vaso de agua al sediento, se lo damos también a Jesús. Cuando visitamos al niño que va a un nuevo país buscando refugio y encuentra una jaula donde le encierran hasta tanto se resuelva su situación, visitamos a Jesús. Cuando defendemos a un vecino dominicano a quien por falta de documentos la sociedad llama “ilegal”, defendemos a Jesús.

Pero hay más. Cuando Martín le estaba dando parte de su capa al mendigo, quienes estaban allí presentes no eran solamente el mendigo y Martín, sino también aquel que siglos antes había dicho “Cuántas veces lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeñitos, a mí lo hicisteis”.

Mucho se ha discutido a través de los siglos acerca de la presencia de Jesús en el sacramento de la Cena, del modo en que Dios nos habla en las bellezas de la naturaleza, y de cómo le vemos en

acciones milagrosas que no tienen otra explicación. Pero con demasiada frecuencia nos olvidamos de que allí en el Evangelio de Mateo Jesús nos prometió que al encontrarnos con los más necesitados nos encontraremos también con él. Quizá eso se deba, en parte al menos, a que se nos hace mucho más fácil pensar acerca de la presencia de nuestro Señor en la solemnidad y la espiritualidad del culto, en los arreboles de una puesta de sol o en el misterio insondable de un milagro que en el cuerpo llagado de un enfermo, en el dolor de un anciano solitario o en el llanto de un niño detenido por las autoridades de inmigración. Pero allá en Mateo 25 el Señor parece decirnos que si despreciamos al mendigo, al anciano solitario o al niño que sufre por razones políticas que ni siquiera conoce estamos despreciando no solamente al mendigo, al anciano y al niño, sino también a aquel que siendo rico por nosotros se hizo pobre para que por su pobreza nosotros fuésemos enriquecidos; a aquel quien es antes de Abraham y cuya soledad fue tal que desde la Cruz tuvo que clamar “¿por qué me has abandonado?”; a aquel que, teniendo el universo en sus manos vino a hacerse un niño para nuestro bien. Sí; Dios está en la cena; Dios está en todo nuestro culto; Dios está en la naturaleza y está también en los milagros. Pero Dios está también en el dolor humano y desde allí nos llama a servir tanto al dolido como al Señor mismo.

Esto quiere decir que cuando hablamos de “crecer en el servicio” estamos hablando también de crecer en Jesús, de lo que en nuestra primera presentación llamamos crecer en la Palabra. Crecer en la Palabra no es solamente saber mucha Biblia. Crecer en la Palabra es también servir a todos aquellos y a todas aquellas a quienes la Palabra encarnada vino a servir.

Pero aclaremos un poco más lo que es eso del “servicio cristiano”. Frecuentemente se establece una distinción entre “servicio cristiano” y “acción social cristiana”. Según esa distinción, el servicio social es la ayuda que les prestamos a los necesitados, mientras que la acción social es más bien los intentos que hacemos por cambiar las condiciones sociales que producen necesitados. Si, por ejemplo, mi vecino no tiene trabajo ni comida y le llevo arroz, habichuelas y un pollo, decimos que eso es servicio. Pero si mi relación con ese mismo vecino me lleva a indagar las razones por las que está desempleado, y a buscar un cambio en el orden social de tal manera que ese vecino y muchos otros puedan tener tanto empleo como comida, eso se llama acción social. Hay muchos cristianos que dicen que se debe practicar únicamente el servicio social, pero no la acción social, pues esta última es meterse en asuntos de política y economía que no son de la incumbencia de los creyentes.

Pero la verdad es que esa dicotomía no es tan absoluta como parece a primera vista. Si le llevo comida al vecino, estoy declarando que no es correcto que ese vecino pase hambre, y por tanto, quiéralo o no, estoy criticando el orden social que la produce. Mi vecino no existe como una isla solitaria aparte de las realidades sociales que le llevan a estar donde está. Si verdaderamente quiero servirle, no me puedo limitar a ayudarlo a resolver su problema inmediato, sino que tengo que procurar que se le trate con toda la dignidad y el respeto que corresponde a todo ser humano.

No hay ser humano aislado. Todos y todas somos parte de una vasta red de interrelaciones que en buena medida determinan nuestras posibilidades y nuestras necesidades. Ese vecino o vecina cuya hambre me preocupa no es solamente mi vecino, sino que es también padre o madre, educado o analfabeto. Tiene documentos o no los tiene. Perdió el empleo a causa de fuerzas e intereses tan complejos que se nos hace difícil entenderlos. Recibió o no recibió educación porque en su barrio había o no había buenas escuelas; porque tuvo o no tuvo que trabajar desde la niñez. Lo mismo es cierto de diferentes maneras de cada uno de quienes estamos aquí, y de todo ser humano. Como bien dijo José Ortega y Gasset, “yo soy yo y mi circunstancia”. Nuestras vidas – todas las vidas humanas – se entretajan de tal modo que el verdadero servicio cristiano, el que busca no solamente mejorar las condiciones de los individuos, sino también anunciar y compartir el Reino de Dios y su justicia, tiene que ir más allá del servicio a los individuos e incluir también el servicio a la sociedad en general, protestando y luchando contra la injusticia, abogando por leyes más equitativas, apoyando a quienes buscan sus justos derechos... En una palabra, al tiempo que el servicio a los individuos necesitados es absolutamente necesario para crecer en la Palabra, la otra forma de servicio, la búsqueda de una sociedad más justa, es igualmente necesaria.

Tristemente, en décadas recientes esas dos opciones llevaron a polarizaciones injustificables dentro de la iglesia. Por una parte, había quienes criticaban a quienes se dedicaban al servicio de los individuos necesitados diciendo que no estaban haciendo más que ponerle parches pasajeros a un roto mucho más grande. Había entre esas personas hasta quienes llegaban a

decir que ayudar a los necesitados era posponer los cambios necesarios, pues esto se ocupaba de los síntomas, pero no de la enfermedad. De la parte contraria, otros señalaban que decirle al necesitado que espere a que venga un orden mejor es muy parecido a decirle sencillamente que, aunque aquí en la tierra las cosas están mal, espere a que venga el cielo, donde estará mejor. En cierto modo, una de esas dos posturas tiende a limitar lo que Jesús dijo acerca del próximo a quienes estrictamente podemos llamar “próximo”, es decir, a quien está frente a nosotros como individuo necesitado, y olvidar que Jesús nos llama a hacernos próximos y próximas, prójimos y prójimas de todos los demás. Por su parte, la otra postura parece colocar el amor a la humanidad por encima del amor al prójimo. Es como si el próximo y el amor concreto y personal no existieran, y todo lo que hay que hacer es amar a la humanidad.

Hoy nos vamos dando cuenta de que el servicio cristiano no permite ninguna de esas dos opciones. Quien sirve al necesitado individual, pero se niega a criticar o corregir las injusticias de la sociedad, le hace bien a ese necesitado, pero no hace todo lo que tiene que hacer. Quien busca una sociedad más justa, pero por el momento deja a un lado a quienes sufren por la injusticia presente, tampoco hace todo lo que tiene que hacer. Jesús habla de darle agua al sediento. Eso incluye darle agua a quien no la tiene e incluye también asegurarse de que haya buenos sistemas de acueductos. Una cosa sin la otra no es el verdadero servicio cristiano ni es crecimiento en esa Palabra por quien todas las cosas fueron hechas y en quien todas las cosas encuentran su culminación.

Pero, ¡cuidado! Si un modo de dejar nuestro servicio es ocuparnos solamente de las necesidades individuales y olvidar las estructuras y prácticas de injusticia, y otro modo también de dejar trunco nuestro servicio es ocuparnos solamente de esas estructuras y prácticas injustas y olvidar al individuo necesitado que se encuentra ante nuestros propios ojos, hay también otro tercer modo que es quizá más común que esos primeros dos. Este tercer modo de dejar trunco nuestro servicio es preocuparnos de tal manera por todas las necesidades e injusticias del mundo entero que en fin de cuentas nada hacemos frente a ellas. El abuso contra las mujeres en Afganistán es terrible. También lo son el hambre que mata a millares en algunos países de África, la mala administración que hace sufrir al pueblo venezolano, las palabras crueles y desmedidas del presidente de los Estados Unidos, las condiciones de los niños inmigrantes en la frontera, el desempleo, la explotación sexual y tantas otras realidades. Y cosas parecidas podemos decir mucho más cerca, sobre la vecina golpeada por su marido, sobre el niño abandonado por sus padres, sobre el desempleado que no puede alimentar a su familia, sobre el adicto a las drogas que resulta ser víctima de un tráfico ignominioso, y sobre tantas otras condiciones. El problema está en que entonces de tal manera nos preocupamos por todos esos grandes problemas del mundo y de nuestro vecindario que en fin de cuentas no hacemos nada. Los problemas son tan grandes que nos abruman. Perdemos la esperanza, y con ella el ímpetu del servicio. La verdad es que nadie puede hacerlo todo. Quien se dedica a buscar justicia en la frontera posiblemente no tendrá tiempo ni fuerzas para ocuparse también del desempleo y de alimentar a los hambrientos. Quien se dedica a alimentar a los hambrientos posiblemente no podrá involucrarse mucho en la lucha contra la explotación social. Lo importante no es que

todos los creyentes estén todos igualmente involucrados en cada esfuerzo en pro de la paz, el amor y la justicia. Lo importante es que todos veamos que todos esos esfuerzos se dirigen contra un mismo mal, eso que llamamos pecado, y que todos ellos por diversos caminos buscan mostrar y vivir la justicia, la paz y el amor que son el designio final de Dios.

Es por esto que resulta tan importante que nuestro servicio sea netamente servicio cristiano. Digo esto porque un elemento fundamental en la fe cristiana que frecuentemente olvidamos es la esperanza. No la esperanza de quien quisiera que algo sucediera, como quien dice “espero que mañana no llueva y podamos ir al partido de béisbol”. No la esperanza de quien pone en dudas lo prometido, como quien le dice a otro “espero que lo hagas de veras”. No la esperanza de algún sueño que bien puede no hacerse realidad, como el joven que dice “cuando sea mayor, espero ser médico”. No la esperanza de quien confía en sus propias fuerzas y no tiene seguridad de que bastarán, como quien dice “espero terminar de pintar la casa esta semana”. La esperanza cristiana va mucho más allá de todo eso. Es la esperanza de quien sabe de seguro que lo que espera vendrá.

Un elemento hartó descuidado en la predicación y el pensamiento cristianos es este de la esperanza. No una de esas otras esperanzas al nivel humano, sino más bien la esperanza absoluta de quien sabe de seguro que, como dice Efesios, el misterio de Dios escondido desde el principio de los tiempos es su propósito de reunir todas las cosas en Cristo. Esto es otro modo de referirse a lo que también se llama el Reino de Dios y la Ciudad Santa. Esta esperanza

cristiana es muy diferente de todas esas otras que hemos mencionado. El joven que espera ser médico algún día, o el otro buen señor que espera que no llueva mañana, o la señora que espera que quien le promete algo lo cumpla, no tienen que vivir como quien marcha hacia una esperanza segura. Pueden hacer todo lo posible para que su esperanza se cumpla. El joven puede estudiar medicina con más ahínco. También pueden hacer arreglos para el caso de que la esperanza no se cumpla. La señora que espera que alguien haga lo que le prometió puede hacer planes alternos por si acaso. Pero la esperanza cristiana no es así. La esperanza cristiana es firme. Es más firme que toda resolución por parte nuestra. Es tan firme, que lo que se pide de nosotros y nosotras es que vivamos como quien sabe que esa esperanza se ha de cumplir.

Esto es importante, pues coloca el tema del servicio cristiano y de la búsqueda de justicia en otro plano. Frecuentemente se habla de “construir el reino de Dios” o de “traer el reino de Dios”. Pero la verdad es que ese reino ni lo construimos ni lo traemos, sino que quien lo construye y lo trae es Dios. Lo construye según sus propios designios y lo traerá cuando así lo determine.

Lo que nos toca entonces no es construir el reino ni tampoco traerlo. Lo que nos toca es vivir como personas que de veras creemos que el futuro está en manos de Dios, y que este es un Dios de amor, paz y justicia. Si no nos toca construir ni traer el reino, sí nos toca anunciarlo y disfrutarlo en anticipo de su consumación final. Cuando digo que nos toca anunciarlo quiero decir que nuestra comunidad de iglesia y nuestra presencia en la sociedad que nos rodea deben

ser un atisbo, aunque sea lejano, de ese futuro en que confiamos. Esa unidad de la iglesia de que hablábamos con el liderazgo ministerial hacer unas pocas horas, ese amor y esa obediencia a la Palabra de Dios de que hablamos antes, son señales al mundo que anuncian el reino venidero. Pero para quienes somos parte de este real sacerdocio, de este cuerpo de Cristo, nuestra vida en común y cualquier acción que podamos tomar en pro del necesitado vienen a ser un anticipo del reino. Ayudamos al necesitado, sí, por la sencilla razón de que lo necesita. Le ayudamos también porque en él vemos a nuestro Señor, quien por amor se hizo como nosotros y nosotras. Y le ayudamos también porque al darle comida al hambriento y bebida al sediento gozamos de un anticipo del banquete final; porque al marchar en busca de justicia en nuestras ciudades injustas nuestros pies practican para el día en que se pasearán por las calles de la Ciudad Santa. Actuamos como ciudadanos del reino de Dios porque sabemos que ese reino es más seguro que todos los reinos de la tierra, que el soberano que lo gobierna es más poderoso que los más grandes reyes, presidentes y dictadores de la tierra. Buscamos justicia en esta tierra porque sabemos que desde el cielo reina el Señor de los cielos y de la tierra.

Y el fundamento de todo esto es el amor. Como bien dijo Pablo, ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor. La fe nos hace ver a Jesús en el necesitado. La esperanza nos hace verle como Dios quiere verle, como le veremos en el día final. El amor nos lleva a actuar como Dios lo ha hecho para nuestro bien. La fe no será necesaria cuando no haya necesitados. La esperanza no será necesaria cuando todo ser humano llegue a ser lo que Dios se ha propuesto para ella o para él. Pero ese amor que es el fundamento de nuestra fe, ese amor que es también el

fundamento de la esperanza, ese no pasará. “Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”.

Y todo esto nos lleva de vuelta al pasaje que se encuentra a la raíz misma de lo que estamos discutiendo estos días:

Siguiendo la verdad *en amor*, crezcamos *en todo* en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien *todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí* por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, *recibe su crecimiento* para ir edificándose *en amor*.

Luego, una vez más, que ese amor que se manifiesta en unidad nos guarde, nos una, y nos dé el crecimiento de un cuerpo sano, bien concertado y unido entre sí. Crezcamos en la Palabra. Crezcamos en el amor. Crezcamos en la unidad. Crezcamos en el servicio.

Amén.

